

Entrevista con **Christiane Nord**

“Si no ‘educamos’ a nuestros clientes para que nos den toda la información pertinente, seguiremos traduciendo como antaño”

La filóloga y traductóloga alemana Christine Nord explica en esta entrevista cómo se ha transformado la labor del traductor en el siglo XXI y se refiere, en consecuencia, a los nuevos campos laborales que surgieron. Dice que en el terreno de la formación ha encontrado, en diferentes lugares del planeta, una mayor sensibilidad a las necesidades de la práctica profesional. Pero asegura, por el contrario, que para las instituciones con currículos tradicionales parece muy difícil adaptarse a los nuevos retos.

Por: **Lic. Héctor Pavón**

—¿Cree que día tras día el proceso de traducción suma etapas, se complejiza más, tanto por el uso de nuevas tecnologías como por la exigencia del cliente?

—Francamente, no lo creo. Lo que pasa es que el uso de las nuevas tecnologías facilita los procesos de documentación y de búsqueda de información (los alumnos suelen preguntarme: ¿Y cómo pudo usted traducir sin Internet ni bases de datos? Respuesta: Tuvimos que acudir a bibliotecas reales, no virtuales, y a esas cosas de papel que los ancianos llamaban “libros”...), el almacenamiento de terminologías, la accesibilidad de traducciones previas y otros procedimientos rutinarios que antes nos costaban tanto tiempo y esfuerzo y no eran realmente lo que nos indujo a hacernos traductores. Las exigencias por parte del cliente son la otra cara de la moneda, pero tampoco creo que complejicen el proceso.

Hace muchos años, un colega todavía muy aferrado a la metodología ‘filológica’ de traducir palabras y no comunicaciones me dijo: Pues, señora Nord, puede estar muy contenta si sus alumnos saben traducir con un encargo de traducción –¡los míos no saben traducir ni siquiera sin encargo! Mi respuesta: los míos tampoco, y –dicho sea de paso– yo tampoco podría traducir sin especificación de lo que quiere o necesita el cliente. Quiero decir: un cliente que nos da un encargo específico (por ejemplo, en cuanto a formato, grado de perfección

deseado, destinatarios del texto meta, forma en que se transmitirá a la audiencia, maquetación del producto acabado, gráficos y tablas incluidos, etcétera), nos hace el trabajo más fácil en vez de difícil, porque podemos tomar estos factores en consideración desde el principio.

Si un cliente me dice, al mirar la traducción bonita y perfecta que he hecho: ‘Pero es mucho más larga que el texto original y yo quería que los dos textos se imprimiesen uno al lado del otro...’ (¡y este caso real que le pasó a una ex alumna mía hace pocos años se llevó al tribunal porque el cliente no quiso pagar la traducción!), yo le diría: ‘¿Y por qué no me lo ha dicho antes?’ Y a la ex alumna, que me pidió ayuda en el litigio, le dije: ‘¿No ha aprendido en mis clases que esto se debe aclarar de antemano en el contrato?’.

—¿Cuánto ha cambiado y cuánto ha permanecido de la profesión en el presente de la labor del traductor cuando usted era estudiante?

—Cuando yo era estudiante no sabía nada de nada de la profesión de un traductor, y no fue sino hasta mucho más tarde que me enteré. Los pocos encargos que recibí durante mis años de estudiante los cumplí como los ‘ejercicios de traducción’ en clase, fijándome en el texto original y procurando que el texto meta correspondiera a las normas y convenciones estilísticas de la lengua meta (que solía ser la alemana). No sabíamos

nada de tipos y géneros de texto ni de tipologías de traducción. La traducción ideal era ‘lo más fiel posible y tan libre como lo exigían las estructuras lingüísticas de los dos idiomas’.

No pensábamos en normas y convenciones de comportamiento que pueden requerir una formulación diferente, aunque exista una muy ‘fiel’ respecto de la lengua meta, porque nadie nos llamó la atención sobre estos aspectos más culturales que lingüísticos. ¿Qué ha permanecido de esto en el presente? Me temo que mucho, al menos en aquellas partes del mundo donde la formación de traductores no ha cambiado radicalmente.

El problema es: ¿Quién puede juzgar la calidad de una traducción? ¿El cliente? ¿El público receptor? Si no ‘educamos’ a nuestros clientes para que nos den toda la información pertinente, seguiremos traduciendo como antaño, y los receptores pensarán que la mala calidad textual es algo inherente a las traducciones. Y entonces, de verdad, preferirán traducciones hechas por un programa electrónico, que también son malas, pero al menos no cuestan tanto...

—¿Qué nuevos campos laborales se han abierto para el traductor en el siglo XXI?

—Muchos de los nuevos campos laborales que se nos han abierto tienen que ver con los nuevos medios electrónicos y

audiovisuales: subtitulación, doblaje y audiodescripción, subtítulo simultáneo en tribunales o grandes eventos internacionales, la localización, la interpretación por teléfono, satélite o con pantalla (teleinterpretación), en conferencias telefónicas, videoconferencias o emisiones televisivas (entrevistas en vivo, noticias, conferencias de prensa). Otras formas nuevas de interpretación se han desarrollado debido a la mayor atención que se presta a la accesibilidad de información para personas discapacitadas, como la interpretación para sordos o sordociegos (en lengua de signos apoyada).

Y un tercer ámbito son las actividades vecinas a la traducción y la interpretación, que adquieren cada vez más importancia en un planeta globalizado donde 'todo el mundo' habla inglés (con mayor o menor perfección...): la

consulta intercultural, la redacción técnica trans-cultural (*cross-cultural technical writing*).

—Pensadores de distintas ciencias y disciplinas le adjudican a la traducción un papel clave en la era de la globalización, ¿usted comparte esta idea? ¿en qué consiste ese papel?

—Sí, comparto esta idea. Una gran parte del mundo globalizado habla inglés (la otra parte, quizá, castellano). Pero el empleo del mismo idioma, por ejemplo del inglés, como lengua franca, no nos convierte en ingleses (o estadounidenses, o indios, o australianos...).

La enumeración de los distintos 'inglases' ya muestra que a pesar del 'mismo' idioma (estructuralmente, aunque ha-

ya ciertas divergencias en el uso) no se trata de una cultura homogénea. Y las personas no pueden salir de 'su' cultura, no importa qué idioma estén hablando. Por lo tanto, la aparente unificación lingüística produce muchos problemas y malentendidos culturales. Para evitar dichos malentendidos, se necesitan los traductores expertos, no sólo en lenguas sino también en culturas. Muchos de nuestros políticos, por ejemplo, hablan el inglés bastante bien; no obstante, en los encuentros internacionales a nivel superior irán acompañados por sus propios intérpretes. O, en el ámbito del intercambio tecnológico, hay muchos ingenieros que hablan el inglés relativamente bien y, sin embargo, no traducirían (o no deberían traducir) sus propios textos porque no son expertos en la comunicación intercultural y en la producción de textos eficaces y funcionales.

Christiane Nord

Licenciada en Traducción (español e inglés) 1967, Universidad de Heidelberg/Alemania (en alemán: Diplom-Übersetzerin); Doctora en Filología Hispánica y Traductología 1983, Universidad de Heidelberg, con una tesis doctoral sobre los neologismos en el lenguaje de la prensa española. Habilitación en Traductología Aplicada y Didáctica de la Traducción 1993, Universidad de Viena/Austria, con un trabajo sobre la traducción de títulos.

Actividades docentes en teoría y práctica de la traducción en diversas universidades: Universidad de Heidelberg/Alemania (1967-1994), Universidad de Viena/Austria (profesora visitante 1991-1992), Universidad de Hildesheim/Alemania (1994-1996), Universidad de Innsbruck/Austria (profesora visitante 1996). A partir de 1996, Cátedra de Traductología y Comunicación Especializada en la Universidad de Ciencias Aplicadas (Fachhochschule) de Magdeburg/Alemania, responsable del área de Lengua y Cultura Española, vicerrectora de la Universidad 1998-2000.

Dictó clases en la India, Indonesia, Tailandia, Vietnam, Argentina, Brasil, Chile, Cuba, México, Venezuela, República de Sudáfrica, Jordania, Rusia, España, Dinamarca, Finlandia, Bélgica, Italia, Francia y Portugal.

Miembro del Comité de Lectura de varias revistas, entre ellas *The Translator* (Manchester, St. Jerome), *Sendebär* (Universidad de Granada), *Cuaderns* (Universitat Autònoma de Barcelona), *Hermeneus* (Universidad de Valladolid), *Across languages and cultures* (Universidad de Budapest, Hungría), *Cadernos de Tradução* (Universidade de Santa Catarina Florianópolis/Brasil). Miembro de la Asociación Federal Alemana de Traductores e Intérpretes (BDÜ), de la Sociedad Europea de Traductología (European Society of Translation Studies EST, entre 1998 y 2001: miembro del Comité Ejecutivo) y de la Sociedad Alemana de Lingüística Aplicada (GAL).



—¿En qué medida “la” universidad ha sabido interpretar las señales de los nuevos tiempos y trasladarlas a la formación del traductor?

—Esta pregunta no se puede contestar de manera tan general. ‘La universidad’ no existe, al menos no respecto de la formación de traductores. Pero hay países donde la formación universitaria de traductores e intérpretes se encuentra en un nivel bastante elevado –otros que, si me permite decirlo así, todavía están ‘en vías de desarrollo’. Desde que me jubilé, viajo mucho, y a (casi) todas las partes del mundo.

El año pasado, por ejemplo, mis viajes me llevaron a 27 países, desde América Latina y Estados Unidos hasta Corea y Tailandia, pasando por Sudáfrica y Jordania, por no hablar de los viajes más cortos a España o Italia.

En algunas universidades, la formación de traductores e intérpretes incluye ya la enseñanza de formas modernas de traducción e interpretación, como las que acabo de mencionar, mientras que en otras las clases se parecen todavía en mucho a las que yo recibí hace casi cincuenta años. Lo que he notado casi universalmente, sin embargo, es una mayor sensibilidad a las necesidades de la práctica profesional, sobre todo en los programas recién establecidos. Para las instituciones con currículos tradicionales parece muy difícil adaptarse a los nuevos retos.

—¿Cuál es la función de la *European Society of Translation Studies*?

—Es una asociación internacional de traductólogos (no de traductores) que dedica sus actividades al desarrollo de la Traductología (o Estudios de Traducción, calco de la palabra inglesa *Translation Studies*), es decir a la reflexión e investigación acerca de la traducción y la interpretación, ofreciendo una red de interesados en estimular y coordinar la investigación, un foro para el intercambio y la distribución de nuevas ideas y corrientes de investigación, así como informaciones sobre congresos, nuevas publicaciones, etcétera, que se difunden regularmente entre todos los miembros.

“La enumeración de los distintos ‘ingléses’ ya muestra que a pesar del ‘mismo’ idioma (estructuralmente, aunque haya ciertas divergencias en el uso) no se trata de una cultura homogénea.”

Aunque fue fundada en Viena, en 1992, como asociación europea, está abierta a miembros de países extraeuropeos, y los 300 miembros que tenemos proceden de todos los rincones del mundo. La asociación tiene cooperaciones con universidades y otras instituciones académicas, sobre todo en lo que se refiere a la producción de una bibliografía traductológica general, y acuerdos con varias asociaciones de traductores o traductólogos, como la CAT (*Canadian Association of Translators*) o quizás (¿en el futuro?) el Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires. También está asociada con algunas editoriales, como John Benjamins o Multilingual Matters, que ofrecen descuentos especiales a los miembros de EST. Cada tres años, la asociación organiza un gran congreso. El de 2010 se celebrará en Lovaina, Bélgica, entre el 22 y el 26 de septiembre, junto con el *Center for Translation Studies*, CETRA, de la Universidad Católica de Lovaina, véase la página del congreso en www.kuleuven.be/cetra/est-congress ¡Serán bienvenidos!

—¿Qué tipo de debates sobre la traducción se suscitan en este ámbito?

—Son los debates que nos interesan a todos los involucrados en la traducción y su investigación y giran en torno a los siguientes problemas: cómo aumentar la calidad traslativa, mejorar la formación de traductores e intérpretes, fomentar programas de doctorado específicos en Traductología (que no estén simplemente incluidos en Lingüística o Literatura Comparada...), mejorar el prestigio so-

cial, todavía bastante bajo en muchas sociedades, del traductor (no tanto de los intérpretes que curiosamente gozan de una imagen mucho mejor).

Para tales objetivos, hemos lanzado algunas iniciativas, como el *Young Scholar Award* (un premio para jóvenes estudiosos de la traducción), la *Summer School Scholarship*, una beca de 1.000 euros para asistir a unos Cursos de verano en Traductología, por ejemplo los ofrecidos por el propio CETRA, que se celebran en Lovaina, o los seminarios de la *Nida School of Translation Studies* (para más información ver la página www.nidainstitute.org/TheNidaSchool), que se celebran cada año en Misano Adriático, Italia (en 2010, como excepción, los seminarios tendrán lugar en Murcia, España, a principios de junio, después de un Congreso sobre Traducción organizado por la Universidad de Murcia, ver la página www.nidainstitute.org/TheNidaSchool/NidaSchool2010).

—¿Qué interacción tiene la EST con distintas universidades?

—Además de lo que ya he mencionado, las facultades o departamentos universitarios que ofrecen programas de traducción e interpretación pueden ser miembros regulares, miembros institucionales o miembros patrocinadores de la asociación también.

Hay incluso algunos departamentos que pagan las cuotas para sus docentes o investigadores porque tienen interés en que éstos se incorporen a la asociación, lo que me parece una maravillosa idea. Cuanto

más nos hagamos 'visibles' mediante una asociación, publicaciones, etcétera, tanto más nos acercamos a la finalidad mencionada de mejorar el prestigio social no sólo de los traductólogos sino también de los propios traductores.

—¿Cómo caracterizaría el desarrollo profesional de un traductor en Alemania?

—Después de cursar los estudios en una universidad o un politécnico, los graduados pueden solicitar empleo en organizaciones europeas o internacionales, instituciones estatales o empresas privadas. Pero hay que tener en cuenta que los empleos como traductor interno de tiempo completo son cada vez más raros. Para reducir los costos, las empresas contratan a traductores independientes los que, a su vez, muchas veces trabajan para un solo cliente, sin que éste les pague la seguridad social. Es una esclavitud encubierta, pero qué vamos a hacer...

Cada vez más graduados recientes empiezan a trabajar free-lance, juntando fuerzas formando un equipo para cubrir más idiomas y más especializaciones. Hace algunos años hice un pequeño estudio sobre los quehaceres de nuestros graduados. Entonces, en 2003, estaba contentísima de ver que más de un 80 por ciento había encontrado puestos de trabajo fijos en pequeñas y medianas empresas relativamente poco después de graduarse (entre 3 meses y medio año), aunque estos puestos de trabajo no son de 'traducción' pura y simple. Por el contrario, los egresados de nuestra universidad hacen cosas muy diversas que tienen que ver con la comunicación

intercultural y con la aplicación de sus competencias lingüístico-culturales, redacción de documentación técnica, etcétera, y también una proporción variable de traducciones. El 20 por ciento restante trabajaba free-lance, con lo que se ganaba la vida bastante bien después de un 'tiempo de arranque' de 6 a 8 meses. Supongo que con la crisis y el desempleo ahora el porcentaje de traductores independientes será mayor. Si tienen éxito depende mucho de su propia iniciativa y también de los idiomas que pueden ofrecer. Mi hija es traductora independiente con italiano y francés (con alemán como lengua madre), y para esta combinación no hay mucha traducción técnica.

Ella traduce sobre todo textos turísticos, guías de restaurantes, libros y revistas sobre vino y 'la cocina italiana' —pero aun así se ganó la vida confortablemente cuando trabajaba 'full-time'. Ahora tiene un niño de tres años y unas horas de docencia en una facultad de traducción, y le gusta mucho dividir su tiempo entre las tres cosas: su hijo, la traducción y la docencia. Porque, al fin y al cabo, cuando no trabajas en equipo la traducción puede ser un trabajo bastante solitario...

—¿Qué requisitos debe cumplir un traductor para trabajar en el ámbito de la Justicia, por ejemplo?

—Como en casi todos los países del mundo, el título de 'traductor/a' no goza de protección legal. Cualquiera que se sienta capaz podrá ofrecer sus servicios de traducción, y es el mercado el que decide si logras defenderte o fracasas. Pero tenemos varias asociaciones profesionales que aceptan

como integrantes a personas que no tienen un grado oficial de una universidad o institución equivalente. Ser miembro y figurar en su base de datos ya constituye una cierta garantía de calidad para los clientes. En el ámbito de la Justicia la situación es distinta en cada uno de los estados federales de la República Alemana. Pero en la mayoría se exige también un grado académico (después de una carrera de tres o cuatro años) o un certificado de haber cursado con éxito uno de los pocos programas de educación continua en traducción y/o interpretación jurada que existen. Por ejemplo, en mi antigua universidad, Hochschule Magdeburg-Stendal, ofrecemos esta clase de calificación para intérpretes en Tribunales, en el sector de la salud, y en los servicios públicos.

Al abrirse este programa, negociamos con el gobierno del Estado federal (Saxonia-Anhalt) la convalidación de nuestro certificado con el grado universitario. Pero los participantes de estos cursos suelen tener, por regla general, una práctica profesional de muchos años, de manera que ya conocen la situación y lo que necesitan es fundamentar sus conocimientos prácticos con algo de teoría y metodología en materias de Derecho, Medicina, por ejemplo.

—¿Ha habido una unificación de criterios para el desarrollo profesional del traductor en la Unión Europea?

—Francamente, acabamos de perder lo que había de común. Con el llamado proceso de Boloña (fue en esta ciudad italiana donde los ministros de educación de todos los países de la Unión Europea acordaron un marco común para la educación superior) hemos sustituido el antiguo sistema de Diplom (que correspondía a una Licenciatura española, de 4 a 5 años de estudios universitarios) por el sistema anglosajón, que prevé un pregrado (B.A.) de 3 o 4 años y un posgrado de 1 o 2 (que se combinan de tal manera que toda la carrera no debe durar más de 5 años: 3+2 ó 4+1). En esto existe bastante uniformidad. Pero en cuanto a los contenidos y los criterios de calidad, cada universidad tiene su sistema individual. ■

“Para reducir los costos, las empresas contratan traductores independientes, los que, a su vez, muchas veces trabajan para un solo cliente, sin que éste les pague la seguridad social. Es una esclavitud encubierta...”